



## Consejo Económico y Social

Distr. general  
7 de diciembre de 2017  
Español  
Original: inglés

---

### Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer

62º período de sesiones

12 a 23 de marzo de 2018

Seguimiento de la Cuarta Conferencia Mundial  
sobre la Mujer y del vigésimo tercer período  
extraordinario de sesiones de la Asamblea General  
titulado “La mujer en el año 2000: igualdad entre  
los géneros, desarrollo y paz para el siglo XXI”

### **Declaración presentada por la Comunidad Internacional Bahá'í, organización no gubernamental reconocida como entidad consultiva por el Consejo Económico y Social\***

El Secretario General ha recibido la siguiente declaración, que se distribuye de conformidad con lo dispuesto en los párrafos 36 y 37 de la resolución 1996/31 del Consejo Económico y Social.

---

\* La presente declaración se publica sin revisión editorial.



## **Declaración**

### **Más allá de las meras cuestiones económicas: un análisis de los aspectos morales que subyacen al empoderamiento**

En las aldeas tribales localizadas en las colinas de Tailandia, algunas jóvenes participan en un programa que, además de promover su propio desarrollo, las ayuda a alentar a las nuevas generaciones a mejorar aspectos de las condiciones de la comunidad local. Motivadas por su contribución a la sociedad, muchas de ellas eligen trabajar en su aldea natal durante las vacaciones en lugar de buscar un empleo mejor remunerado en alguna ciudad más distante, para continuar apoyando el desarrollo de su comunidad.

Las mujeres de las aldeas rurales de la República Centroafricana reciben ayuda para impartir clases informales de educación moral y espiritual a los jóvenes de las zonas aledañas. A medida que adquieren experiencia y confianza, comienzan a preparar a otras maestras que llevan menos tiempo participando en este proceso. A su debido momento, organizan reuniones con integrantes de la comunidad para informarse de sus aspiraciones respecto de los miembros más jóvenes de la aldea y, juntos, establecen una escuela respaldada por la comunidad. En algún momento de este proceso, estas mujeres a veces comienzan a recibir asistencia material en apoyo de sus esfuerzos pero en cada paso adquieren capacidad, ganan confianza y hacen un aporte a su comunidad.

Este tipo de casos dejan entrever una concepción del empoderamiento que abarca, pero trasciende, el aumento de la actividad económica. Desde luego, las mujeres y las niñas no pueden contribuir plenamente a la sociedad si tienen prohibido ser propietarias de las tierras que trabajan o si las normas sociales las obligan a depender de sus familiares varones para participar en la economía. No obstante, el camino que lleva de la duda a la confianza en la capacidad propia, de estar en silencio a tener voz y de la pasividad a la acción no puede entenderse únicamente en función del acceso al mercado de trabajo o de la integración en alguna cadena de producción mundial. El desarrollo de la capacidad debe estar centrado en todos los aspectos de la existencia humana, tanto económicos como sociales, intelectuales, culturales, espirituales y morales.

La raíz del sinfín de obstáculos que impiden a las mujeres y las niñas ocupar el lugar que les corresponde por derecho en la sociedad es la negativa a aceptar la realidad de que las mujeres y los hombres son iguales y de que todos los seres humanos forman una unidad. Cuando la realidad no se mira a la luz de la justicia y la razón, surgen concepciones distorsionadas que se manifiestan en patrones de superioridad, recelo, desconfianza y miedo. En esas condiciones, las mujeres y las niñas quedan sistemáticamente en una situación de desventaja respecto de los hombres, y su adelanto se considera entonces amenazador o degradante, sus contribuciones se pueden pasar por alto y su punto de vista se puede desdeñar. Cabe señalar que esta visión del mundo, por la que se considera que unos gozan de ventajas a expensas de otros, influye en muchas otras relaciones humanas, por ejemplo, entre los jóvenes y las personas mayores, entre la población autóctona y los inmigrantes, y entre la mayoría y la minoría. Cuando se rechaza la unicidad de la condición humana, constantemente aparecen fisuras que excluyen y marginan a otros.

No tiene por qué ser así. Las pruebas de la universalidad de las cualidades que caracterizan a la humanidad en su expresión más noble, a saber, la integridad y la compasión, la excelencia y la humildad, la justicia y la generosidad, son abundantes

para quienes desean encontrarlas. En todo el mundo, hay numerosos ejemplos de mujeres y hombres que trabajan codo a codo sobre la base del respeto mutuo. Una cuestión que estudia la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer es el modo de reproducir posteriormente lo que está funcionando. ¿Cómo se puede forjar una cultura en la que las mujeres y los hombres contribuyan conjunta y alegremente al bien común en una sociedad tras otra? ¿Qué se puede lograr en las comunidades locales, no solo en unos pocos programas piloto o en lo que dure el ciclo de financiación, sino indefinidamente, en adelante y en todo el mundo?

Estas preguntas son de importancia fundamental para quienes trabajan por el empoderamiento de las mujeres. Por su parte, la comunidad bahaí mundial se ha esforzado por aprender acerca del papel que desempeña el conocimiento —su generación, difusión y aplicación— en el adelanto de la sociedad. Varias décadas de experiencia han demostrado que es posible lograr un cambio genuino cuando aumenta el número de mujeres y hombres, tanto jóvenes como mayores, con independencia de su bagaje económico y educativo, que colaboran para aprender sobre las pautas de relación y las correspondientes estructuras sociales que reflejan la unicidad fundamental de la familia humana. La creación de espacios y mecanismos de consulta que se nutren de la experiencia de muchas personas y en los que se valora el conocimiento que cada cual puede aportar en un momento determinado abre el camino a la participación universal y es indispensable para los procesos de cambio social duradero.

Los sistemas educativos, en su conjunto, deben centrarse en desarrollar la capacidad de la población para trazar su propio camino hacia el desarrollo y contribuir al bien común. Nuestra experiencia ha demostrado que la transformación real es posible cuando los ciudadanos de a pie que realizan esa labor se afanan por crear un entorno en el que un número cada vez mayor de sus amigos, familiares, vecinos y conocidos se vean como agentes activos de su propio desarrollo y protagonistas en el empeño constante de aplicar el conocimiento en pro del progreso individual y colectivo.

Un aspecto crucial del principio básico que vertebra este proceso educativo es el desarrollo de la capacidad de servicio a la comunidad y a la sociedad. Mediante la ayuda que reciben para llevar a cabo actividades de servicio cada vez más complejas, las participantes van adquiriendo, poco a poco, la perspectiva, la confianza y las destrezas necesarias para comenzar a ofrecer actividades y programas a otras personas que tienen menos experiencia. De esta manera, una parte importante de quienes ingresan en este proceso como simples participantes van asumiendo cada vez más responsabilidades para perpetuarlo y ampliarlo.

Se ha demostrado el gran poder motivador que tiene entender el papel que nos corresponde en la sociedad en relación con el adelanto y el desarrollo de los demás. En el caso de las mujeres de las zonas rurales, esta toma de conciencia a menudo alimenta el sentimiento de que su capacidad y su empoderamiento les permite contribuir cada vez más al bien común. De igual modo, ver que las mujeres asumen un papel de más responsabilidad, proyección y poder decisorio ha ayudado, y, con frecuencia, desafiado a los hombres y a la comunidad en su conjunto, a replantearse las ideas preconcebidas que han heredado sobre los comportamientos sociales y la función que desempeñan las mujeres y los hombres.

Además, en muchas comunidades bahaís, ha sido notable la transformación de las nuevas generaciones, que ahora participan en la prestación de servicios. Los jóvenes suelen ser más flexibles respecto de lo que puede y debe ser la sociedad, y a menudo este ha sido el grupo en el que ha sido posible comenzar a cambiar las

presunciones culturales opresivas sobre el papel asignado a cada género. Por otra parte, no hay que subestimar el poder del ejemplo de moralidad que pueden representar los jóvenes y la influencia que pueden ejercer sobre los adultos de su comunidad prestando servicios altruistas y sostenidos. Por ejemplo, un grupo de estudiantes de Vanuatu de entre 10 y 14 años crearon una pequeña reserva marina que logró reactivar una porción de un arrecife de coral cercano con tan buenos resultados que no solo los imitaron los adultos de su aldea sino también los de otras. Asimismo, un grupo de jóvenes de Uganda convocaron una serie de debates comunitarios sobre la importancia de educar a las niñas, tras lo cual la aldea envió a una joven a la universidad por primera vez. Abundan los ejemplos de jóvenes que demuestran su ascendiente y que influyen de manera tal que inspiran a actuar a toda una comunidad.

El propósito de estos ejemplos es destacar algunos elementos que, al parecer, son esenciales para empoderar a las mujeres y las niñas de las zonas rurales, por ejemplo:

- Un sistema para impartir educación de buena calidad en las aldeas, impulsado por la comunidad misma;
- El hincapié en los aspectos tanto materiales como espirituales de la vida individual y colectiva;
- Un enfoque que convierta rápidamente los estudios en servicios altruistas;
- Los espacios de consulta para determinar y explorar los valores y las presunciones culturales.

Los Estados Miembros se ocupan del bienestar de sus ciudadanos a través de diversos medios, como las leyes justas, la prestación de servicios equitativos, la promoción de las expresiones artísticas y culturales, entre otros. En todos esos ámbitos, disponen de medios eficaces para garantizar el adelanto de las mujeres y las niñas. Esperamos que las consideraciones anteriores sirvan para aplicar los Objetivos y las metas de la Agenda 2030 relativos al género y para lograr la igualdad de las mujeres y los hombres en un sentido más amplio.

---